

Documentos

SEMBLANZA DE DON CARLOS CASANUEVA OPAZO

Alejandro Silva Bascuñán

La figura tan peculiar y atrayente de don Carlos Casanueva da materia no sólo para densa biografía proveniente de exhaustiva investigación o para ensayo que gire en torno de su multifacética personalidad, sino para una obra de mayor trascendencia que lo sitúe como hombre de su tiempo y como actor que ejerció a su vez honda influencia en más de sesenta años de la vida chilena.

El propósito de estas líneas no es trazar una silueta de don Carlos, sino dar a conocer un testimonio que responde exclusivamente a la visión, por cierto puramente subjetiva y, en todo caso, parcial, de una de las muchas personas que tuvo con él la relación nacida en las aulas universitarias mientras fue alumno, y sostenida luego continuadamente como miembro del cuerpo docente de la Universidad Católica.

Me incorporé a los estudios de Leyes cuando, desde hacía seis años, desempeñaba don Carlos la Rectoría. Tenía ya sobre él las informaciones que me daba mi hermano Marcos, quien había alcanzado a comparar su desempeño con el de su predecesor, Monseñor Martín Rücker Sotomayor. Como me mantuve después de egresar en el equipo enseñante, mi testimonio, si no puede abarcar todos los aspectos de la actuación de don Carlos, surge, por lo menos, de una vinculación que se prolongó a lo largo de toda su tarea directiva, concluida, si la memoria no me engaña, en 1953.

Quisiera puntualizar que estas páginas no pretenden la fidelidad histórica ni documental, ni el recuento de datos ni la reunión de anécdotas que, con tanta profusión, circulaban, ni dejar, en fin, la impresión de lazos muy íntimos y estrechos, ya que tuve con don Carlos los que naturalmente resultaban de pertenecer a la familia universitaria, en una época en que ella no se integraba por muchos miles de personas y en que, por ello, podía simbolizarse adecuadamente como una comunidad humana, un hogar en que el padre era al mismo tiempo sacerdote y maestro.

El equipo sacerdotal

Para atribuir a don Carlos las cualidades que acabo de anotar debe precisarse que junto a él se movía un equipo de clérigos que lo ayudaban y representaban con una admiración, lealtad y fervor que le permitían proyectarse firmemente más allá de su intervención personal y directa.

Yo, por lo menos, sentía que don Carlos, con su porte bajo, su débil constitución y su vieja sotana, era no sólo él mismo, y la diminuta figura física tan semejante de su familiar en la convivencia del Monasterio de las Agustinas, don Roberto Ríos, sino también don Alfredo Silva Santiago, su brazo derecho, talentoso organizador y ejecutor eficiente, de rasgos tan distintos a los del Rector; don Francisco Vives que con su simpatía conquistaba a la juventud y buscaba su buena formación en la intimidad de las almas que acudían a él, con admirable apertura y confianza; don Manuel Larraín, apóstol dispuesto a arrastrar a las nuevas generaciones hacia la construcción de una comunidad nacional más

profundamente cristiana; y varios otros sacerdotes que se fueron sucediendo dentro del equipo colaborador.

La proyección de su personalidad

El mismo don Carlos procuraba multiplicarse a través de muchos medios encaminados a hacer sentir su ascendiente intelectual y espiritual, ya circulando en los patios y galerías para conversar con uno y otro, ya dirigiéndose a todos con su oratoria convincente y cálida, ajena a pretensiones de elocuencia puramente formal; ya en los retiros que daba con gran frecuencia, en las reuniones con los profesores, en la preparación de las diversas efemérides, en sus recorridos a pie de un punto a otro de la ciudad, cuando se desplazaba una y otra vez ágilmente desde su Convento de Moneda a San Ignacio, donde comenzaba su día o, sobre todo, caminando hacia el local central de la Alameda.

Siempre admiré que, ante cualquier casual encuentro, don Carlos detenía su andar e iniciaba una interesada conversación de la que nada parecía apremiarle a poner término, adentrándose en el tema con tal absorción que olvidaba que estaba manteniendo indefinidamente el natural gesto inicial de dar la mano al comienzo del diálogo.

Si se trataba de llamar a una persona al desarrollo de la misión que quería conferirle o de requerirle la prestación del servicio que necesitaba, no había argumento que don Carlos olvidara, siempre centrado en los más altos propósitos de trascendente inspiración, de manera que resultaba difícil o más bien imposible para el interlocutor desoír lo que parecía directamente el mismo Señor le quería manifestar por intermedio de quien se mostraba como el talento y la bondad personificadas.

Todo sacrificio, impuesto por los altos objetivos que don Carlos representaba con enorme fuerza de convicción, parecía ante su requerimiento, inevitable; ese era el medio a través del cual obtenía don Carlos para la Universidad, incluso apoyos sin costo o con un desembolso insignificante.

Una remuneración duplicada

En abono de lo que acabo de afirmar, puedo dar fe de un hecho bien significativo. En circunstancias de que los ayudantes de cátedra ganábamos \$ 85 mensuales, uno de nosotros, Bernardo Leighton, fue designado Ministro del Trabajo. Don Carlos, al felicitarlo, le dijo que, en tanto desempeñara esa cartera, no era necesario que concurriera a la clase en la Universidad con la asiduidad que le conocía y que, como era tan exigua su remuneración, se la doblaba. Cuando un año después el ayudante dejó de ser Ministro, las finanzas del establecimiento no permitían, según don Carlos, tener con Bernardo un trato económico que no era igual al de sus colegas.

La elevación de su juicio

Otro hecho que viene a mi memoria pone de relieve la manera como apreciaba don Carlos los acontecimientos:

Acababa de egresar de los estudios de Derecho, cuando tuve, en agosto de 1932, un encuentro callejero con don Carlos, quien, luego de saludarme, me dice:

—Te noto muy delgado, Alejandro.

—¿Cómo no lo voy a estar, después de lo que ha pasado?, le contesté.

—¿Qué ha ocurrido?, me preguntó don Carlos.

—Bueno, nada menos que la caída del gobierno constitucional de don Juan Esteban Montero y el establecimiento de la República Socialista.

—Pero, ¿para qué te aflige eso? Mira, mucha gente que ha subido al poder tiene la mejor intención y es amiga de la Universidad. Veo en el Ministerio de Relaciones a Luis Barriga Errázuriz, excelente persona, hermano de Gonzalo, buenos cristianos; Alfredo Lagarrigue, Ministro de Hacienda, profesor y director de la Escuela de Ingeniería de nuestra Universidad; Eugenio González, Ministro de Educación, talentoso y recto, creo que me voy a entender bien con él para los asuntos de nuestra Universidad. No te aflijas. Todo se arreglará. Esta es una nación muy pequeña en que todos nos conocemos. Siempre hay alguna manera de llegar a las personas y defender ante ellas lo que es razonable.

La vida universitaria

Pienso que entre las circunstancias que ayudaron a hacer palpable ese ambiente de unidad familiar alrededor de don Carlos —especialmente vigoroso— era que los alumnos se encontraban, al subir las escalas del edificio de la Universidad, con la capilla, siempre abierta, en la que el mismo don Carlos o alguno de sus colaboradores estaban dispuestos a distribuir la Sagrada Comunión a una muchachada alegre y numerosa, que deseaba comenzar su día de labores con la recepción del Cuerpo del Señor. Eran años en que el ayuno eucarístico había de mantenerse desde la medianoche precedente y ello imponía la necesidad de tomar alimentos después de recibir la Sagrada Eucaristía. Como el desayuno se servía en el comedor común, en él alternaban profesores y alumnos de las diversas facultades y escuelas. Era un factor que contribuía al trato y conocimiento de personas y amistades que jugarían importantes consecuencias en la vida, nacidas al calor de gratuitos momentos de amable charla.

Los ejercicios

Los ejercicios espirituales que daba don Carlos se sujetaban en su duración y su desarrollo enteramente al plan de San Ignacio de Loyola. A través de ellos don Carlos llamaba calurosamente a los jóvenes al mejoramiento de la vida espiritual y a la entrega completa al servicio del Señor. Sostenía que la vocación al sacerdocio se revelaba claramente en la rectitud de la intención y en la conciencia de la aptitud. Se explica así que muchos siguieran el llamado que el Señor les hacía por intermedio de don Carlos.

Los actos de piedad

Era, por lo demás, directamente el Rector quien estimulaba, en alumnos y profesores, la realización de actos de piedad y caridad. El día sábado, en la capilla, los congregantes marianos rezaban el Oficio Parvo de la Santísima Virgen. Bernardino Piñera me ha recordado hasta qué punto le impresionó el fervor que observó en esas oraciones. El propio don Carlos nos acompañaba a hacer la visita a los enfermos en las salas del Hospital de San Juan de Dios que funcionaba, entonces, cerca del local central de la Universidad.

Los primeros viernes

El carácter de la Universidad como una familia unida junto a don Carlos y, a través de él, en torno al mismo Señor, alcanzaba mensualmente su máxima expresión en la Misa que todos los primeros viernes celebraba en la capilla repleta de juventud. Con qué elevación rendía, entonces, culto al Sagrado Corazón de Jesús. Me parece escuchar hoy a don Carlos reiterar las expresiones de San Pablo encaminadas a hacer comprender "cual sea la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo" (Efesios, 3). Era esa la ocasión en que el Rector agradecía a la Divinidad los avances logrados, daba a conocer los planes próximos, hacía ver las necesidades más apremiantes. Cuando se sufrió un voraz y destructivo incendio que imponía hacer cuantiosas reparaciones, prometió solemnemente ante el altar levantar "un monumento al Sagrado Corazón en el frontispicio de nuestra Universidad", desde que lograra encontrar los medios para hacer los urgentes desembolsos que esas reparaciones importaren. Y todos pueden comprobar hoy cómo don Carlos satisfizo agradecido su promesa.

Los Caballeros de Colón

Con el objeto de intensificar la piedad y el apostolado entre los alumnos, llamaba don Carlos a algunos a incorporarse a una especie de sección juvenil de los Caballeros de Colón. Después de los actos litúrgicos, en las sesiones de la sociedad se trataba acerca de la forma de dar esplendor a éstos y de facilitar en el estudiante los medios de formación y vida espiritual. Bernardo Leighton, en recuerdos que no hace mucho dio a conocer (Revista Análisis), reconoce que la sociedad "realizaba actividades de cooperación con los jóvenes que sufrían graves problemas con espíritu eficaz y correcto". La existencia y actividades de los Caballeros de Colón se mantuvieron en secreto hasta que una estratagema que cabalmente se urdió en torno del mismo Bernardo Leighton provocó su público conocimiento. Nunca entendí, por lo demás, por qué se imponía reserva en torno de una actividad que siempre me pareció bien intencionada y en todo caso inocente.

La autoridad del Rector

Parecía don Carlos dormir en las reuniones, lo que podía explicarse por su débil naturaleza, incansable actividad y pocas horas entregadas al sueño nocturno. Sin embargo, resultaba sorprendente cómo, cuando intervenía, en el momento preciso que correspondía, exhibía completo conocimiento de los términos en que se presentaba el problema y de la sustancia de las diversas opiniones que se habían expresado. Sabía escuchar y tenía paciencia para el diálogo, eso sí que, en puntos que él estimaba cruciales, no ocultaba su decisión y la mantenía. Parece que fuera ahora cuando, en sesión de nuestra Facultad, durante la cual en determinado asunto casi todos discrepábamos con el punto de vista por él sostenido, después de escuchar siempre con paciencia nuestras opiniones y de procurar rebatirlas con sus propios argumentos, ante la imposibilidad de obtener el consenso que él esperaba, dio término con franqueza al debate recordándonos que, al fin y al cabo, era él el Rector.

La disciplina interna

La energía de su autoridad representó para mí, sin duda, la afirmación de mi vocación docente que, pienso, sin ella, habría vacilado.

Fue en el comienzo de mis clases, ante un número muy grande de alumnos recién incorporados a las aulas. Como hiciera callar a uno de ellos y persistiera en actitud indisciplinada, lo hice salir de la sala. Estando ya en la calle, a unos sesenta metros del local, ese joven me interceptó en ademán agresivo: "Pégume no más —le dije— yo nunca he sabido pegarle a nadie y, si supiera, tampoco sería propio que un profesor golpear a un alumno". El muchacho se dominó y, entonces, le agregué que, por desgracia, creía que no podía mantenerse como alumno quien había levantado la mano contra su profesor. Lo curioso fue que le añadí: "Ha de ser Ud. hijo único". "Sí, me contestó. ¿Y por qué me lo dice?" "Porque sólo un hijo consentido y caprichoso puede perder de esa manera el juicio". Informé de lo ocurrido a don Carlos. Algunos días después me dio a conocer que, a pesar de que la familia había concurrido a dar explicaciones, había mantenido la expulsión. Sentí de veras lo ocurrido a ese joven, pero siempre pensé que, si en el comienzo de una carrera de profesor no se confía en el amparo de la autoridad, ella no se puede afirmar. Fue el primero y único problema disciplinario que se me presentó en mi tarea docente.

Un conflicto sin intención

Cuando se acercaba la época de la matrícula anual, don Carlos publicaba una entrevista que constituía, puede decirse, una de las pocas formas de propaganda de su establecimiento. En esa entrevista aprovechaba para poner de relieve los logros alcanzados y las metas propuestas, para destacar alguna personalidad que se había distinguido, para dar noticias de las nuevas carreras o cátedras, para anunciar los maestros que se incorporaban a la docencia, etc.

Recuerdo particularmente el hábito de esas entrevistas, porque una de ellas me creó un problema que se resolvió fácil y felizmente como resultado de que no había habido en el Rector ninguna voluntad de crearlo.

El año anterior, don Pancho Vives me había pedido, a nombre de la Universidad que, sin perjuicio de las tareas que yo estaba y seguiría desarrollando, me hiciera cargo, transitoriamente, de la enseñanza de Derecho Constitucional que impartía don Carlos Estévez, porque sus muchos años le impedían ya dictar clases en los meses de otoño e invierno y porque su profesor auxiliar, Edgardo Goldenberg, sufría de una enfermedad que podía prolongarse.

Acepté sin vacilación. Don Carlos Estévez era el propio Decano, a quien me unían, además, vínculos profesionales, de él había sido yo también ayudante, y Edgardo era y sigue siendo estimado colega y amigo.

Asumí, en efecto, el curso, hasta que los dos pudieron hacerse cargo de sus respectivas funciones.

En esas circunstancias, se comprende el grado de mi sorpresa cuando el Rector, en esa información periodística anual, comunicó que había llamado al desempeño de una cátedra —que podía entenderse la misma en que yo había suplido—, a Jorge Prat Echaurren.

Encontré inaceptable lo que me pareció enunciar el Rector, tanto porque resultaba inútil mi empeño en la suplencia el año anterior, ya que dejaba a un lado a los señores Estévez y Goldenberg, cuanto, además, porque Jorge

Prat era precisamente personaje de actualidad, porque acababa de dar a conocer una novela —con el título, si no me equivoco, de Jonatan Larski— en la que sostenía conceptos adversos a la democracia y, por lo tanto, a mi juicio, inadmisibles en un curso de derecho político profesado en una república que se ufanaba de practicar esa forma de gobierno.

Reaccioné poniendo el cargo que yo ejercía a disposición de la autoridad. Recibí la explicación de que no había existido la intención que yo había supuesto. El mismo Jorge Prat comprendió mi reacción y me contó que, en el verano, en Viña del Mar, había recibido en su casa una visita de don Carlos en la que le propuso que se incorporara al cuerpo docente. La verdad es que el Rector no pudo querer atropellar a su gran amigo el Decano Estévez, tío de Mons. Vives, y que su afirmación en la entrevista traducía simplemente su permanente ansia de elevar el nivel de la institución que dirigía haciendo entrar en ella personalidades de talento y de virtud indiscutidas como lo era Jorge Prat.

Las luchas partidistas

La asociación de ideas me conduce a plantearme cuál era la posición del Rector en el ámbito de la política, si se toma este vocablo en su acepción restringida de combate cívico partidista.

Nadie dudaba de que la inclinación de Mons. Casanueva se orientaba hacia el Partido Conservador, la tienda de su juventud, de su medio familiar, la que traducía la convicción, todavía ampliamente dominante, de que sólo en sus filas podrían sostenerse mejor las aspiraciones del catolicismo en la dirección de la colectividad nacional.

Sin embargo, todos sabíamos que como luchador juvenil se había contado don Carlos entre quienes, como su amigo don Juan Enrique Concha Subercaseaux, apoyaran con entusiasmo los postulados del catolicismo social, concretados en la Encíclica *Rerum Novarum* y que, con tal orientación, fuera el fundador del Instituto Politécnico dirigido a formar cuadros intermedios para el proceso industrial.

Pero si las simpatías partidistas de don Carlos podían ser manifiestas, no lo traducía a través de su actuación en términos que ésta apareciera con otra inspiración sustancial que las conveniencias de la Universidad y permitir que en ella se destacaran la ciencia, la fe y la virtud de maestros y estudiantes.

Pedro Lira Urquieta

En la facultad de Derecho contó don Carlos, puede decirse a lo largo de toda la duración de su Rectorado, como profesor, como Director, como Decano, como realizador de todas sus determinaciones y aspiraciones, con Pedro Lira Urquieta, quien, si también se reconocía como conservador, representaba la personificación de lo mejor que puede resultar del diálogo, la tolerancia, la apertura humana y cristiana, la más esmerada distinción y caballerosidad, la consagración más indiscutible a su afán de ser un hombre de ciencia y de letras auténticamente cristiano.

En el hecho yo, por lo menos —y estas líneas, lo recuerdo, no pretenden ser otra cosa que un testimonio personal— nunca percibí, como alumno o como profesor, en el Rectorado de don Carlos, que las autoridades de nuestro plantel buscaran con su actividad hacer política partidista, ni menos en el grado que perturbara la superior grandeza de sus objetivos.

Y, a este respecto, y ya que acabo de mencionar a Pedro Lira Urquieta, era precisamente su hermano Enrique —aguda inteligencia que muriera muy joven— nuestro profesor de Economía Social, quien inspirara y dirigiera un círculo de estudios sobre doctrina social católica, en el que participaron muchos de los que se sentirían llamados a exponerla y concretarla más tarde.

El sacrificio de Monseñor Vives

Empapado sinceramente en las apreciaciones que tengo expresadas, podrá entenderse hasta qué punto me impresionó la medida que se tomó con Monseñor Vives de separarlo de la Prorectoría, una tarea que respondía a lo más profundo de su vocación sacerdotal: la educación y la dirección de la juventud, practicada con una discreción, una pureza de propósitos y una eficacia intelectual y espiritual notables.

Pocas veces he comprendido la profunda gravedad de la injusticia que se comete con alguien a quien se imputa un cargo tremendamente injusto.

Dada la gran amistad y la inmensa estimación recíproca que existían entre don Carlos y Pancho y la identificación permanente del Rector con las superiores conveniencias de la Universidad, calculé que sólo por las exigencias de ésta y con gran dolor, ha de haberse visto don Carlos en la necesidad de alejar a uno de los más íntimos, fieles y leales colaboradores. La víctima guardó en silencio la honda herida y, en la segunda etapa de su vida, los feligreses de la parroquia de Santa Ana pudieron admirar en la cura de almas a quien habría creído que hasta el fin de su existencia seguiría dedicado al cuidado de la juventud estudiosa. Eduardo Frei, que era entonces profesor de Derecho del Trabajo y algunos otros amigos, consideraron preferible solidarizar con quien sufriera el atropello, dejando sus funciones docentes.

El superior interés de la Universidad

Pertenecí a una generación juvenil que abrazó, según creo, con vigor sus ideales de civilismo, libertad, justicia social y pluralismo, y que, comprendiendo a don Carlos, intuyó que, si éste apareció débil y tolerante con el autoritarismo o con los personeros del uniformismo político de los católicos, no fue por aplaudir dictaduras o mantener a todo trance el statu quo, sino porque para su altísima misión de conservar y acrecentar el prestigio de su Universidad, consideraba indispensables las ayudas económicas, el favor o, por lo menos, la neutralidad de los gobernantes y la quietud de las pasiones partidistas. El oportunismo, el arbitrio, el interés que podían caracterizar el comportamiento del Rector, le eran, pues perdonados al considerar tanto su austeridad, sabiduría y rectitud personales, como la altura y pureza de la intención que lo impulsaba.

No se trataba tan sólo para don Carlos que en su Universidad se cultivara una ciencia cada vez más sólida y se impartiera una enseñanza de creciente adecuación para el ulterior ejercicio profesional, sino que una y otra se afirmaran en el superior afán de preparar una élite dirigente del país, empapada de catolicismo y se convirtiera ella misma en centro de irradiación de cultura y de virtud acrisoladas en la palabra evangélica.

Del último coloquio que mantuve en su despacho con don Carlos, me quedaron dos aspectos grabados indeleblemente: su viva gratitud hacia la Santa Sede, porque con tenacidad le rechazaba su reiterada renuncia y la resig-

nación y alegría con que estaba enfrentando las circunstancias tremendamente duras de su enfermedad y del tratamiento a que estaba sometido.

Mientras estuvo situado don Carlos en la plenitud de sus brillantes condiciones humanas, abrigué la firme sensación de que, en nuestro Chile, nada se le escapaba, todo llegaba a su conocimiento, en todo se le consultaba, en todo instante se escuchaba su opinión o hacía valer su influencia y, por eso, cuando llegó su ocaso, tuve la impresión de que algo faltaría en adelante en el alma, no sólo del catolicismo, sino de la Patria, a tal punto me pareció que llegó a identificarse su figura con los definidos rasgos de la chilenidad y con las bases más sólidas para su fortalecimiento en sus mejores tradiciones y potencialidades.